

CLUB DEL MISTERIO

AYLWIN LEE MARTIN



LA VISITA
DEL MIEDO

— 22 —



Cuando ella se encontró con el cadáver de ese hombre asesinado no sabía, no podía saber, que ese encuentro cambiaría su vida.

Pero así sucedió. Porque entonces recibió la visita del miedo. Y había venido para quedarse. Desde ese momento, cada sombra encerró para ella una amenaza. En cada desconocido que atravesaba su camino se agazapaba un potencial asesino.

Y fue necesario que un detective, Matt Hughes, se empeñara a fondo en la batalla para poder desalojar al terror que había venido a enseñorearse del alma de esa muchacha.

Orden de aparición *de los personajes*

HOMER ASELIN, un detective de métodos algo anticuados.

BARTLEY BAGOT, mejor dicho, su cadáver.

MATT HUGHES, un detective de métodos modernos para todo.

JERRY O'BRIAN, su necesario Sancho Panza.

EMILY PORTER, la ondulante secretaria (nada más) de Hughes.

DORIS KEITH, la bella perseguida.

MADLYN BAGOT, viuda, linda y "avivata".

RAYMOND NULTY, un testigo en dificultades.

TIM CONKLIN, un perro de presa .

JAMES J. JAGGAR, un tejano rico, alto y misterioso.

ROSE MONELLI, era atenta, buena, cariñosa.

EL TORTUGA, un malevo de Detroit.

MILTON, otro malevo, más joven, más blando..., pobrecito.

BANKS, una especie de Frégoli con poca suerte.

KORDULA, una cimbreante y cálida reproducción de Rose.

I

La lluvia barría el pavimento en rápidas ráfagas. Una cinta de asfalto estrecha y húmeda corría entre dos arroyos desatados que bajaban por el cañadón. En algunos lugares el agua cubría el camino, formando lagunas negras, profundas, que llegaban hasta la rodilla de un hombre.

Ningún tránsito cruzó este camino en la última hora, y muy poco sería el que lo atravesara antes del amanecer. Nadie que no estuviera loco utilizaría esta ruta secundaria para llegar al valle en una noche de tormenta. En verdad, si se exceptúa a los que vivían en el cañadón, pocos eran los que utilizaban ese camino en cualquier circunstancia. Aquí estaba aislado, remoto, recoleto. Sin embargo, estaba situado dentro del perímetro urbano de la ciudad de Los Angeles, a menos de tres millas del corazón de Hollywood.

La puerta principal de una casa estaba a un costado del camino, medio escondida por las ramas de un sicomoro gigantesco. Se abrió y una mujer quedó en el umbral enmarcada por la luz que salía del hall. Llevaba un impermeable de tela y botas de agua que le llegaban a mitad de la pantorrilla. Debajo de un brazo tenía, muy apretado, un bolso. Un hombro se apoyó ligeramente contra el marco de la puerta, y movió la cabeza en uno y otro sentido, como si tratara de aclarar a un tiempo su vista y sus pensamientos.

Después de un instante, sostenida por el marco de la puerta se alzó bien erguida. Pasó otro momento allí, balanceándose un poco, tratando de reunir fuerzas para poder moverse. Quitó la mano del marco de la puerta y dio

un paso hacia adelante. Después se detuvo y volvió su cabeza para mirar atrás. Fue sólo una mirada rápida, temerosa, por encima del hombro, antes de apartarse definitivamente de la puerta y de esa cosa que quedaba allí en la habitación a sus espaldas.

Descendió un par de escalones, pero se movía con demasiada rapidez. Tropezó y cayó de rodillas. Quedó arrodillada allí, en el sendero, meneando nuevamente la cabeza, tratando de librarse de esa oscuridad que amenazaba envolverla. Con lentitud logró enderezarse y alzó la cabeza para recibir la lluvia en la cara. Un momento más y pudo levantarse y llegar tambaleando hasta el tronco de un árbol. Apoyándose en él, descansó, respirando entrecortadamente.

Detrás de ella, la puerta se desplazaba violentamente movida por el viento. Cuando se cerraba, la oscuridad era completa. Pero se abría, y entonces los escalones y el sendero se iluminaban brevemente hasta que el viento volvía a cerrarla. En uno de esos instantes de luz, vio que se le había caído el bolso. Sabía que tendría que recobrarlo. Se dijo a sí misma que no podía dejarlo tirado allí. Pero agacharse o dar un paso era superior a sus fuerzas. No podía. No tenía la energía suficiente. Y, sin embargo, aunque perdiera la vida en la empresa, tenía que recobrar ese bolso.

Apoyándose en manos y rodillas, se arrastró hasta el bolso, con la cabeza caída, y tomando entre sus dientes el asa de carey volvió a arrastrarse de vuelta hasta el árbol.

Después de un rato logró ponerse de pie y prosiguió su camino tambaleante hasta el portón de la cerca que rodeaba la casa. La lluvia castigaba duramente su cabeza descubierta, empapando su cabellera negra y bajando a chorros por su cara. Había olvidado que su impermeable tenía una capucha que podía protegerla. Tenía el coche en ese camino, estacionado donde él le había dicho que lo dejara... en un recodo donde quedaría oculto del camino por una hilera de robles.

Cruzó el puentecito de madera, que ahora estaba cubierto por el agua que bajaba por la acequia, y siguió hasta el camino. Su cabeza estaba un poco más clara ya, pero le resultaba difícil coordinar los movimientos de sus brazos y piernas con los dictados de su cerebro. Tenía que apurarse. Tenía que alejarse de la casa y de esa cosa ensangrentada que yacía en el suelo. Pero cuando trató de correr tropezó y estuvo a punto de caerse.

Llegó hasta un lago en que ya no se veía ni rastro del camino y lo vadeó con el agua hasta los muslos. Las botas se le llenaron de agua, dando un peso tal a sus pies, que cuando alcanzó el camino apenas si podía moverse.

Siguió todavía unos pasos, pero el peso de sus botas la forzó a detenerse. Las miró, preguntándose cómo haría para quitárselas sin caer al suelo. Resolvió el problema sentándose y quitándoselas. No sacó los zapatos de las botas ni tampoco se las volvió a poner. Se puso de pie y siguió por el camino con las botas en una mano y el bolso en la otra.

El camino mojado era desagradablemente frío. Una rama quebrada la hirió entre los dedos, y entonces se dio cuenta, con un sobresalto, de que iba descalza. Una súbita aprensión se posesionó de ella. Comprendió que había dejado sus medias allí en la habitación donde había quedado esa cosa atroz. Se detuvo, desconcertada. Pero luego, sollozando, siguió su camino. No podía volver a esa habitación. Ni aunque en ello le fuese la vida.

Llegó a su automóvil y logró introducirse en él, dejando caer las botas en el piso. Recostando la cabeza en el respaldo, buscó afanosamente las llaves en su bolso. Antes de que sus dedos las apresaran, volvió a sentir la oscuridad que la envolvía. Pero esta vez no luchó contra ella. Se dejó ir. Con un suspiro fatigado cerró los ojos y le dio la bienvenida.

No oyó la sirena del coche policial que se dirigía hacia ella. Tampoco vio al automóvil patrullero vadear trabajosa-

mente la laguna que antes había cruzado, levantando geysers de agua helada junto a cada guardabarro, con todo el aire de una lancha de desembarco.

La lluvia repiqueteaba sonoramente en el techo del auto y a veces una fuerte ráfaga de viento lo hacía cimbrar. Pero la muchacha que dormía allí dentro no tenía conciencia de la lluvia ni del viento ni de las sirenas de los coches patrulleros. Dormía profundamente, sin sueños, sumergida en el olvido total de los drogados.

El capitán de detectives Homer Aselin, de la División Homicidios, seccional Hollywood, examinaba el cuerpo tendido en el piso. No era precisamente un espectáculo agradable. Aselin, un policía delgado, duro, de cincuenta años, con treinta de ellos vividos en la sección Homicidios, que había oficiado en escenas de muerte violenta centenares de veces, podía recordar muy pocos ejemplos donde el odio y la furia del asesino fuesen tan patentes, como en la cabeza destrozada de ese hombre muerto que estaba allí, tirado a sus pies. Sus mejillas bien afeitadas perdieron algo de su color habitual y sus ojos se tornaron grises cuando se agachó para mirar más de cerca las heridas.

Desde la base del cráneo hasta la frente, la cabeza era una masa destrozada, de cerebro machacado y huesos astillados. La sangre coagulada – espesa, purpurea, con salpicaduras grises – había envuelto el pelo negro, manchado el rostro pálido y se había reabsorbido en la gruesa alfombra *beige*.

El cadáver miraba al techo con ojos que no veían. Sobre su pecho, había una cachiporra manchada de sangre. Aselin la contempló detenidamente, imaginando al asesino en el momento en que éste la arrojaba sobre el cuerpo en un gesto final de odio después de haberle asestado el último golpe mortal.

Aselin se enderezó y contempló silenciosamente la habitación en que se hallaba. Dos hombres uniformados con camperas que brillaban, como si fuesen de laca negra, lo

miraban desde el vestíbulo que separaba el living-room de la puerta. Cambiaron miradas con el sargento Conley, un hombre de rostro enrojecido, corpulento, que, con dos técnicos, estaba recostado contra una de las paredes, esperando órdenes de Aselin. Conley se estremeció en un gesto ya habitual y dejó que sus ojos siguieran a los de Aselin.

Cerca del cadáver había un escritorio bajo y un sillón tapizado en cuero. El sillón estaba volcado. Una máquina de escribir portátil estaba abierta sobre el escritorio junto al secante enmarcado en cuero. Al lado, un grabador de alambre. Una chimenea en la que se estaban apagando las últimas brasas ocupaba uno de los costados de la habitación. A ambos lados había mullidos sillones, y entre éstos una mesa ratona llena de vasos, botellas, ceniceros llenos, la parte inferior de una cafetera de sílex, y dos tacitas. La mirada de Aselin se detuvo en ellas un momento, y luego siguió hasta uno de los dos sillones. Allí una media de mujer había sido arrojada descuidadamente sobre el respaldo; la otra colgaba tristemente de un brazo del sillón.

La boca de Aselin se curvó ligeramente en un gesto burlón, pero no dijo nada. Aspiró con cuidado el aire de la habitación, percibiendo el fuerte olor a perfume barato, más fuerte que los vapores del whisky derramado y el olor rancio del humo de los cigarrillos que la corriente de aire provocada por la puerta abierta no habían logrado disipar. Su mirada despachó rápidamente el resto de la habitación. Además de varias sillas de aire confortable, había una mesa de comedor con una lámpara con pantalla de pergamino, un aparato combinado de radio y televisión con cambiador automático de discos, y en un rincón un barcito. Las gruesas cortinas cubrían celosamente las ventanas.

Donde el sargento Conley y los dos técnicos estaban parados, se abría una puerta que daba a un dormitorio. La puerta estaba abierta, y se alcanzaba a ver parte de la ca-

ma, deshecha, desde donde estaba Aselin. Otra puerta se abría a un comedor de diario y a una cocina que le seguía.

Los ojos grises y fríos de Aselin se cruzaron con los de Conley.

–Puede empezar cuando quiera – le dijo en voz baja.

–¿Usted sabe quién es, capitán? –La voz de Conley le surgía como un trueno sordo, desde el fondo mismo del pecho.

–Es claro que sí – tableteó Aselin –. Lo he visto demasiado en estos últimos diez años como para no reconocerlo ahora. – Miró la cara del cadáver y se quedó callado un momento –. Hasta en estas condiciones – agregó –, el gran Bartley Bagot – murmuró como para sí –. Ladrido Bagot. El portavoz que nunca le había fallado a un delincuente. – Aselin hablaba como si estuviese pensando en alta voz: –¡Qué despedida!

–Hace una semana que lo buscamos, y todo el tiempo estaba aquí –dijo Conley–. Pero no podía pasarse sin mujeres, ni siquiera cuando estaba escondido. – Sonrió, mostrando una hilera de dientes de oro –. Y una de las doncellas se debe de haber puesto bastante celosa.

Aselin levantó la cabeza, y ordenó secamente a los técnicos:

–Bueno, basta... A trabajar. En este caso, creo que podremos encontrar dos o tres impresiones digitales. Fotografíen todo. Ese escritorio y el sillón volcado. Quiero buenas tomas de esa mesa, los vasos, botellas, cafetera y tacitas. Y quiero que las medias vayan al laboratorio. Eso también – señaló la cachiporra–. No creo que nos cueste mucho trabajo dar con su propietario. Me parece que debe ser de algún profesional. ¡Ah, también quiero unas fotos del dormitorio!

Se volvió a los hombres del vestíbulo.

–Alcen a Conley en su coche y vayan con él. Va a hacer preguntas a toda casa que haya en esta zona en media milla a la redonda.

—No me van a decir nada, capitán — objetó Conley—. Si no hay ninguna casa cerca.

—Ya sé, pero es posible que alguien haya visto algo en estos días... Quizá un visitante, o dos. ¡Cielos!, si hasta es posible que hayan visto un auto. Vamos, vamos, Conley. A ver cómo funciona esa pata de conejo.

Conley se levantó el cuello del impermeable, bajó el ala del sombrero y suspirando pesadamente salió con los dos patrulleros.

Aselin entró al dormitorio. El olor del perfume era todavía más fuerte aquí que en el living. Las colchas de la cama estaban levantadas, y en una de las almohadas había un hueco, pero sin embargo no parecía que hubiesen dormido en esa cama. Por lo demás, la habitación estaba en orden.

Aselin olió la almohada e hizo una mueca de disgusto. Parecía que la hubiesen saturado de perfume. Salió del dormitorio y pasó al comedor de diario. Nada allí le llamó la atención. En la cocina de azulejos encontró una despensa muy bien provista de conservas, y en el congelador de la heladera había gran variedad de carnes y aves congeladas. En esa cocina había comida como para alimentar a toda una familia por un mes. En el depósito encontró un cajón de whisky escocés y otro canadiense. De cada uno de los cajones faltaba un par de botellas y también una docena de botellas de cerveza faltaba en otro cajón que halló afuera. Tres cervezas estaban en la heladera. A la izquierda del pasillo que unía la cocina con la despensa, había una puerta que daba al exterior. Era una puerta común, con la parte superior de vidrio y una cerradura que no hubiese detenido a nadie por más de medio minuto. Aselin probó la puerta y la halló abierta. Salió y miró la húmeda oscuridad. Había un pequeño hall, del cual unos escalones descendían hasta un sendero de cemento. Este seguía la línea del edificio, separado de él por una angosta faja de césped. Aselin dejó la puerta y siguió el caminito

de cemento hasta dar la vuelta a la casa. Terminaba en un sendero de grava, más ancho, que iba desde los escalones del frente hasta el portón de la cerca.

Aselin volvió a entrar en la casa por la puerta de adelante. Pensó que ahora estaba en condiciones de reconstruir el asesinato. Una mujer – porque a Aselin no le cabía ninguna duda de que el asesino era una mujer – había entrado por la puerta de atrás. Avanzando sin hacer ruido por la cocina y el comedor de diario, había llegado hasta el living; allí Bagot estaba sentado al escritorio dando la espalda a la puerta del comedor de diario.

Le había pegado una vez, pero no con fuerza bastante como para desmayarlo del todo. Él estaba intentando volver a levantarse cuando ella le pegó otra vez. Bagot cayó de costado, y la silla con él. Entonces la mujer se había arrodillado junto a él y le había pegado con saña feroz en un frenesí de odio. Aselin hasta podía ver la cachiporra que subía y bajaba descargando sordos golpes en el cráneo de Bagot aun mucho después de que éste hubiera muerto.

Cuando volvió al living, Aselin encontró al médico forense que examinaba el cadáver. Uno de los técnicos estaba trabajando en el dormitorio. El otro estaba envolviendo cuidadosamente las medias antes de echarlas en el sobre que ya tenía listo a su lado.

–Qué noche para sacar a un hombre de la cama para que venga a ver esto – gruñó el médico, poniéndose de pie y mirando con sorna a Aselin.

– ¿Cuánto hace que está muerto?

–Y... yo diría que unas tres horas. No menos. Quizá sí, una hora más.

Aselin miró el reloj.

–¿Entonces, usted diría que lo mataron a eso de la una y media?

–Pudo haber sido un poquito antes, pero no después.

– ¿Cree usted que una mujer tendría la fuerza suficiente para destrozar así una cabeza?

El médico miró de soslayo la cachiporra que el técnico ya había depositado sobre un papel de seda.

–Con esa cachiporra, hasta un niño le podía haber destrozado la cabeza... Es claro que después de hacerlo perder el conocimiento. ¿Fue una mujer quien lo mató?

–Hay muchas cosas que hacen suponer eso.

–Bueno, después de que le pegó una vez y él cayó, ella siguió pegándole. Le debe de haber tenido mucho odio. En veinte años de revisar fiambres no he visto una cabeza más estropeada. –El médico se cerró el sobretodo y fue hasta la puerta –Mandaré la ambulancia a retirar el cadáver – dijo, y salió.

II

Matt Hughes estaba parado junto a la ventana de su oficina en el Golden State Bank Building, y miraba el tránsito de la tarde que se arrastraba pesadamente por el semiinundado Wilshire Boulevard. Las alcantarillas inundadas hacían que el cruzar de una acera a otra fuese dura tarea para un peatón. Podían optar por cruzar entre los remolinos de Beverly Drive o cruzar a mitad de cuadra donde no había tanta agua. Muchos eran los que optaban por hacerlo así, jugándose la vida mientras eludían a los vehículos que corrían al este y al oeste por esa avenida de seis manos.

–En las últimas veinticuatro horas ha llovido diez centímetros – dijo oscuramente Hughes – y todo parece indicar que va a llover cuatrocientos más. – Hughes medía unos seis pies de altura, era delgado con caderas estrechas y hombros anchos. Su cara estrecha y sus ojos sombríos casi nunca revelaban lo que estaba pensando. Hablaba en voz baja, y se movía con la gracia de un hombre cuyo cuerpo está perfectamente coordinado con su mente. Era de esa clase de hombres a quienes las mujeres se les entregan a poco de conocerlos, y a quienes la mayoría de los hombres admiran o envidian.

Desde donde estaba sentado con la silla apoyada en la pared, Jerry O’Brian comentó:

–Es que necesitamos todo el agua que caiga.

Hughes estaba mirando a una muchacha con un impermeable de gabardina verde cuya capucha le ocultaba la cabeza. Estaba parada en el extremo opuesto de la calle, esperando evidentemente que una pausa en el tránsito le

permitiera cruzar. Vio a un Cadillac negro detenerse al lado de ella.

–Quizá tengamos un invierno lluvioso – dijo, distraídamente –. Ya sería hora de que nos tocara uno.

La puerta posterior del Cadillac se abrió, y Hughes vio cómo la muchacha se ponía tensa. Luego retrocedió y, volviéndose, echó a correr hacia la esquina de Beverly Drive. Un hombre de piloto y sombrero de ala gacha salió del auto, rápidamente. La pistola que llevaba en la mano apuntaba a la espalda de la muchacha que huía, pero no alcanzó a apretar el gatillo.

Una mujer baja, corpulenta, de anchas caderas, que llevaba un enorme bolso con provisiones y en la otra mano un paraguas inclinado para protegerse de la lluvia, chocó contra él con la fuerza con que un camión embiste una columna de alumbrado. El hombre giró como una veleta. El bolso de las provisiones cayó al suelo derramando su contenido. Una lechuga y dos tomates cayeron al agua.

La mujer estaba demasiado absorbida en el desastre como para ver que el hombre deslizaba apresuradamente la pistola en un bolsillo del piloto. Agachándose sobre las ruinas de una hora perdida en el cercano mercado, la mujer vociferaba su indignación, que podía ser oída en dos cuadras a la redonda.

Se juntó un grupo de gente que con anchas sonrisas gozaba del espectáculo. El pistolero se apartó de la mujer mientras el Cadillac con la puerta todavía abierta empezaba a salir de donde estaba. Él se dio vuelta y trepó de un salto, la puerta se cerró y el Cadillac se perdió en el tumulto del tránsito. La mujer lo amenazó con el puño cerrado y siguió gritándole hasta que se perdió de vista.

Hughes vio a la muchacha de impermeable verde en la esquina. Las luces del tránsito cambiaron y ella cruzó avanzando rápidamente hacia la entrada del Golden State Bank Building. Cuando se perdió de vista, él se volvió y miró a Jerry.

–Un hombre con una pistola acaba de escapar de una mujer gorda que lo amenazaba con un paraguas.

Jerry, con su cara cuadrada impasible – como de costumbre–, no dijo nada. Jerry nunca perdía aliento haciendo preguntas. Hablaba lo menos posible, y cuando lo hacía apenas si se podía seguir el movimiento de sus labios. La única prueba de interés que dio fue la mirada sorprendida que dirigió a Hughes. Brevemente, Hughes le informó acerca del pistolero, la muchacha del impermeable verde y la gorda.

–Películas. Estarían filmando – opinó Jerry.

–No. No había cámaras. Me parece que iba en serio... Era un intento de asesinato en pleno día. Esta ciudad se está viniendo abajo.

Jerry se contentó con una sola palabra. Dijo:

–Sí.

Era un hombre rudo, de mediana estatura, de pelo gris y una nariz quebrada treinta años antes en un encuentro con un par de rufianes. Había pasado treinta de sus cincuenta años en la policía de Los Angeles. Cuando se retiró, para convertirse en el jefe de investigaciones de Hughes, era sargento en la seccional Hollywood del Departamento de Homicidios, y trabajaba con el capitán Homer Aselin, que entonces era teniente.

–Esa chica habría recibido el plomo en la espalda si la gorda no hubiese chocado con el pistolero – continuó Hughes después de una pausa–. Y le habría salido bien. Porque no creo que nadie, fuera de mí, haya visto la pistola. Y yo sería incapaz de identificar al hombre ni a su automóvil. Ya estoy viendo los titulares de los diarios:

Chica asesinada en Wilshire Boulevard. Asesino desconocido logra huir.

Y allí habría terminado todo, al menos en lo que al público se refiere.

Se estremeció al ver la primera edición de un diario de la tarde que tenía sobre su escritorio. La primera página